

Puente y Madre de misericordia

María, camino de Cristo para llegar a nosotros y camino del hombre hacia su encuentro con Cristo... Corazón Inmaculado de María, puente hacia el Amor misericordioso del sagrado Corazón de Jesús...

Las dos gracias más grandes que puede lograr la intercesión de la Virgen son la conversión y la santificación. La conversión es reconocimiento de nuestras faltas y de nuestras debilidades y retorno a la luz y al amor del Señor. La santificación es aceptación de los impulsos de la gracia y esfuerzo por seguir al Señor hasta las últimas consecuencias.

¡Qué gran programa de vida espiritual!

“El amor hacia el sacratísimo Corazón de Jesús es el único estímulo que nos impulsa a unir a Él, por medio de la Inmaculada y de la manera más estrecha, el mayor número posible de almas”: así leemos en el programa de la Milicia de la Inmaculada.

He ahí el fin último hacia el cual se orientan nuestros esfuerzos.

Los declaramos expresamente también en el acto de consagración a la santísima Virgen Inmaculada, impreso en el folleto de inscripción y que expresa la esencia de la Milicia de la Inmaculada. En él nos dirigimos a la Inmaculada con esta petición:

“Haz de mí y de todo mi ser lo que tú quieras, sin reserva alguna, para que se cumpla lo que fue dicho de ti: “Ella te aplastará la cabeza”, como también: “Tú sola destruiste todas las herejías en el mundo entero”. Así en tus manos inmaculadas y misericordiosísimas yo llegaré a ser un instrumento útil para injertar e incrementar lo más fuertemente posible tu gloria en muchas almas extraviadas e indiferentes y para extender, de ese modo y lo más que sea posible, el bendito reino del sacratísimo Corazón de Jesús”.

¿Por qué justamente a través de la Inmaculada?

“En donde tú entras —seguimos leyendo—, tú obtienes la gracia de la conversión y de la santificación”.

¿De dónde le viene a Ella semejante poder?

“Porque toda gracia corre, a través de sus manos, del Corazón dulcísimo de Jesús hasta nosotros”: así concluimos.

Sí, porque, humanamente hablando, el Corazón divino es semejante al corazón de un buen padre de familia. Si un hijo se hace culpable de alguna falta, el padre debe punirlo, porque así lo exigen

la justicia y, más aún, el mismo amor hacia el hijo, para que éste no descuide el propio error. Sin embargo, este padre no quisiera aportar ni un disgusto al hijo, aunque se lo tenga merecido, y quisiera disponer de cualquier motivo suficiente para no infligirle aquel castigo. El perdonar sin motivo suficiente sería como alentar al culpable a la insolencia. Pero el padre quisiera que alguno interviniese en favor del hijo para satisfacer, de tal modo, tanto la justicia como el amor afectuoso.

Pues bien, el Corazón divino de Jesús, que arde de amor hacia nosotros, que somos culpables, halla para este propósito un medio digno de la sabiduría divina. Nos dona como madre y protectora a su propia carísima y dilectísima Madre, la criatura más santa de los santos y de los ángeles, y a Ella no es capaz de rehusarle nada, porque Ella es la más digna y la más amada de las madres. Además, Él le dio un corazón muy grande, para que no deje de advertir en la tierra ni una pequeña lágrima y no deje de preocuparse por la salvación y la santificación de todo hombre.

He ahí, pues, un puente ya disponible hacia el sacratísimo Corazón de Jesús. El que cae en el pecado, se hunde en el vicio, desprecia las gracias divinas, no mira más a los buenos ejemplos de los demás, no presta atención a las inspiraciones saludables y se hace indigno de recibir otras gracias, ¿éste tal debe quizás desesperar?

¡No, jamás! Él tiene una Madre que le fue dada por Dios, una Madre que sigue con corazón tierno cada una de sus acciones y de sus palabras, cada uno de sus pensamientos. Ella no se preocupa por el hecho de que él sea digno o no de la gracia de su ternura. Ella es sólo Madre de misericordia y, por ende, se apresura a acudir, aunque no sea de ningún modo invocada, allí donde se manifiesta de manera más grave la miseria de las almas. Más aún, cuanto más afeada está el alma por el pecado, tanto más se manifiesta en ella la misericordia divina, de la que justamente la Inmaculada es la personificación.

Por esto, nosotros luchamos para entregar a la Inmaculada el cetro de mando en cada alma.

Si Ella logra sólo entrar en una alma —aunque todavía miserable y degradada en los pecados y en los vicios—, no puede permitir que ella se pierda, sino que en seguida le alcanza la gracia de la iluminación para la inteligencia y de la fuerza para la voluntad con el objeto de que recapacite y se levante.

“Por María Inmaculada a Jesús”: he ahí nuestra consigna,

como lo ponderaba el arzobispo Mons. Sapieha en la bendición pastoral concedida a la Milicia y publicada igualmente en el folleto: "Bendecimos de corazón a los miembros de la Milicia de la Inmaculada para que, combatiendo bajo el estandarte de la Virgen, ayuden a la Iglesia a conducir a los pies de Jesús al mundo entero".

Ya transcurrieron dos siglos y medio desde el momento en que sucedió el hecho ilustrado en la primera página del presente artículo.

Apareciendo a santa Margarita Alacoque, Jesús señaló a aquel que primero, quizás erigió un altar a la Inmaculada en Italia (en Rovigo) y cuyos hijos espirituales habían comenzado a festejar, proclamar y defender el privilegio de la Inmaculada Concepción desde los orígenes de su Orden. Señaló a san Francisco y dijo: "He ahí al santo más cercano a mi Corazón divino".

¡Sí! Cuanto más difunde uno la veneración y el amor hacia la Inmaculada, cuantas más almas le conquista uno a Ella y, por Ella, al sacratísimo Corazón de Jesús, que nos amó hasta morir en la cruz, tanto más demuestra éste también el máximo amor y un amor activo hacia este sacratísimo Corazón y se une a Él en grado sumo (SK 1094).

María suscita santos

San Maximiliano Kolbe, correspondiendo a las exigencias bautismales y de la vida religiosa, hizo de la santidad un IDEAL, un llamado, una fuerza... —¡y una santidad con matices marianos!—

En su itinerario de santidad se encontró con almas excelsas tanto contemporáneas como del pasado.

A menudo abrevó su sed mariana y apostólica en el "Tratado de la verdadera devoción a María Virgen", de san Luis María Grignón de Montfort.

Al leer el Tratado, quedó fascinado por el preanuncio de un florecer de santos en los últimos tiempos.

A través de las palabras del misionero bretón, Maximiliano se ve respaldado en todas sus estupendas iniciativas marianas, y apremia a todos los milites a recorrer audazmente ese itinerario de santidad y de apostolado que es la consagración a la Virgen.

Nadie sabe cuándo llegue el fin del mundo; pero es verdad divina que todos debemos esforzarnos por ser santos: "Sean santos, como yo soy santo" (Lv 20,26). La santidad es la máxima gloria de

Dios y a la vez la más dichosa realización de todo hombre, ya que es divinización y semejanza con Dios.

En el siglo XVIII vivió en Francia san Luis María Grignión de Montfort, que fue gran devoto de la Virgen. Además de numerosos libros de devoción, escribió el libro "Tratado de la verdadera devoción a María Virgen". Esta breve obra tiene una historia interesante.

El mismo autor había predicho que el demonio habría escondido el librito, para no hacerlo llegar a las manos de los fieles, porque había vislumbrado en él una propia gran derrota. Y así aconteció. A pesar de las búsquedas, permaneció escondido en una biblioteca por más de cien años. Fue hallado por casualidad en el año 1842 y en seguida publicado e impreso.

En el libro, entre otras cosas, él dice: "Nacerán personas muy santas. Ellas llegarán a la santidad por medio de una singular devoción hacia la santísima Virgen, que guardarán en su corazón como el más perfecto modelo de santidad y como rico manantial de gracias divinas. Sobre todo hacia el fin del mundo, Dios suscitará a estos santos por medio de María, su Madre, para que tales almas, llenas de gracia y de celo, opongan resistencia a los enemigos de Dios, que brotarán de todas partes con encarnizamiento.

"Estas almas tendrán una particular devoción a la santísima Virgen. Ella las iluminará con su luz, las nutrirá con su leche, las guiará con su espíritu, las sostendrá con su mano, las custodiará con su protección. Aquellas almas, combatiendo de algún modo con una mano, barrerán lejos a los herejes con sus herejías, a los idólatras con sus idolatrías, a los pecadores con sus impiedades, mientras con la otra mano edificarán el templo del verdadero Dios y la ciudad de Dios.

"Además, acicatearán a todos, con la palabra y con el ejemplo, a la verdadera devoción hacia la Virgen. Enfrentarán a muchos enemigos, pero también conseguirán muchas victorias y darán mucha gloria a Dios. Como a través de María tuvo comienzo la salvación, así también a través de ella la salvación llegará a su consumación..."

¡Quién sabe si el fin del mundo está lejos! Muchos estudiosos autorizados y personas devotas opinan que, por lo que está sucediendo actualmente en el mundo, tenemos el derecho de inferir que el fin está bastante cerca. Efectivamente, ¿no existen, quizás, hoy

“los enemigos de Dios que brotan de todas partes con encarnizamiento”? ¿No tiene, quizás, el anticristo a sus adoradores?

Sobre todo en estos días, asegura la profecía susodicha, Dios suscitará personas que, por medio de una devoción particular hacia la santísima Virgen, se santificarán a sí mismas y no sólo opondrán resistencia a los encarnizados enemigos de Dios, sino que barrerán de la superficie de la tierra las herejías, las idolatrías, las impiedades, edificarán el templo del verdadero Dios y acicatearán a todos a la verdadera devoción hacia la Virgen.

¿No es éste, exactamente, el fin de todos los milites de la Inmaculada?

Leemos más adelante: “Esas personas tendrán muchos enemigos”. También para esto debemos estar preparados.

Sin embargo, “conseguirán muchas victorias y darán mucha gloria a Dios”.

Efectivamente, “como a través de María tuvo inicio la salvación, así también a través de Ella la salvación llegará a su consumación...”

Reflexionemos bien sobre todas estas cosas... (SK 1129).

El culto mariano

Entre los distintos grupos religiosos, el planteo más frecuente es éste: “¿Por qué los católicos veneramos a María?”

Maximiliano responde con la contundencia de la verdad bíblica: “La veneramos porque es Madre de Jesús, el Hijo de Dios; porque el mismo Jesús la amó y la privilegió admirablemente y nosotros tenemos que imitar a Jesús; porque Ella misma profetizó que sería ensalzada por todas las generaciones...” A la verdad bíblica Maximiliano añade la milenaria tradición que arranca desde las catacumbas...

He oído decir que una persona, al pasar recientemente por Shimonoseki, preguntó a algunos viandantes dónde se hallaba la iglesia católica. Todos respondieron que no lo sabían. Finalmente uno dijo: “¡Ah! ¿se trata de la religión de María?” y en seguida le dio las señas necesarias para alcanzar la iglesia católica.

Los fieles de la Iglesia católica jamás llaman a su iglesia: “Religión de María”, a pesar de venerar mucho a la santísima Virgen María; en cambio, las personas que no estudiaron catecismo, los miran con recelo.

Es, pues, necesaria una clarificación.

Los fieles católicos veneran con fervor a la Madre divina, pero sin considerarla Dios. La santísima Virgen María, que es criatura de Dios, nació veinte siglos atrás de sus padres como todos los demás hombres. Ella es, pues, sólo una persona humana. ¿Por qué entonces se la venera?

La Iglesia católica enseña que Jesucristo, aun siendo Dios eterno e infinito, nació en el tiempo y quiso elegirse a María como Madre, se encarnó en su seno y nació de Ella. Por consiguiente, la Iglesia enseña que María es Madre de Dios: he ahí el motivo de la veneración hacia Ella. Además, Ella es un espejo incomparable de cualquier virtud; por eso la Iglesia la venera y la admira.

El santo Evangelio enseña el modo con el cual hay que venerarla: *“Entró el ángel en su presencia y la saludó así: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres” (Lc 1,28).*

La santificación depende de la gracia divina. Ya que el mensajero divino la saludó con las palabras: *“Llena de gracia”*, con ello mismo reveló que la santísima Virgen María es totalmente perfecta y santa.

Recitando el “Magnificat”, la Virgen preanunció la veneración con que sería rodeada en el futuro: *“Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu exulta en Dios, mi salvador, porque miró la humildad de su sierva. Ya desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz. Grandes cosas obró en mí el Omnipotente y santo es su nombre” (Lc 1,46-49).*

La veneración tributada a María es evidente en los dibujos de las catacumbas, trazados en el período de las primeras persecuciones, diecisiete o dieciocho siglos atrás, es decir, en el primero, en el segundo y en el tercer siglo de la era cristiana. Terminadas las persecuciones, en el curso de quince siglos, la veneración a la Madre de Dios se hace cada día más patente en los cuadros, en las estatuas y en las iglesias.

Cuatro siglos atrás, al oponerse un hereje al culto hacia la Madre de Dios, los fieles católicos comenzaron a repetir con fervor y numerosas veces al día la oración del “Avemaría”: “Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”; y continúan rezando: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. ¡Amén!”

He ahí cómo ellos veneran a María, la Madre de Dios (SK 1204).

Medallas e imágenes: su rechazo o su utilidad

Los católicos, como muestra devocional, aceptamos y utilizamos medallas, estampas, imágenes...; en cambio, los protestantes, en general, las rechazan.

Las dos posiciones provocaron infinidad de debates y polémicas desde muchos siglos atrás. Los momentos críticos de ese furor iconoclastico o anti-imágenes fueron los rechazos del emperador León el Isáurico, en el siglo VIII, y los rechazos de los novadores en el siglo XVI.

Los planteos son de raigambre bíblica y teológica, que aquí no podemos desarrollar. El Padre Kolbe, hundiendo sus análisis en la psicología y en la antropología, nos da una respuesta de sabor popular y vivencial. Su lenguaje es fresco, vivaz y atrayente.

Los protestantes del más diferente calibre no logran tolerar medallas, escapularios, cuadros y, en general, las imágenes de Jesús y de los santos, pero sobre todo de la Virgen.

No mucho tiempo atrás recibí a este propósito una carta de un docente que me escribía nada menos que de la otra extremidad de Polonia. Entre otras cosas me preguntaba: "¿Desde cuándo la fe en medallas sin vida defiende del mal más que la fe en el Dios vivo y verdadero?" Aludía a la Medalla Milagrosa de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen María.

Los protestantes hasta dan la fecha en la que la Iglesia "inventó" el culto a las imágenes, cruces y reliquias. Ese año nefasto fue el 787. Otros estudiosos de la sagrada Escritura quitan benévolaemente unos cuatro años y asignan esta desgracia al año 783.

No quiero aquí hablar de la falta, simplemente estridente, de conocimiento de la historia y de los documentos de los siglos pasados. Es suficiente examinar con qué veneración san Ambrosio, muerto en el año 397, es decir, cuatro siglos antes de esa data "funesta", colocó bajo un altar, en Milán, las reliquias de los santos Gervasio y Protasio. Es suficiente hacer una breve caminata hasta Roma, bajar a los sótanos de las catacumbas de los primeros siglos ensangrentados del cristianismo, echar una mirada a las numerosas imágenes que adornan sus paredes para no ventilar semejantes tonteras.

En particular, según parece, los metodistas hasta se horrorizan a la vista de alguna efigie de la santísima Virgen María. Por

eso les aconsejamos vivamente que visiten las catacumbas de Priscila, en las que oraban los cristianos que acababan de ser bautizados de las manos de los Apóstoles, y allí verán, representados en las paredes, una anunciación a la santísima Virgen María, una Virgen con el Niño Jesús, una escena del homenaje de los Magos y una Virgen Inmaculada sentada con el Niño Jesús.

Cerca de Ella está el profeta Isaías, que sostiene con una mano el libro de sus profecías y con la otra señala una estrella que brilla por encima de la Virgen, en la que se cumplió su profecía.

Tales imágenes de la santísima Virgen y de los santos, con las trazas de la más remota antigüedad, se pueden mirar esculpidas en los sarcófagos, cinceladas en el vidrio o grabadas en el metal.

De todos modos, dejo aparte todo esto, porque lo que, quizás, impresiona aún más, es la falta de lógica en nuestros adversarios. Las mismas personas para las que las imágenes de la Virgen y de los otros santos son un hueso en la garganta, abarrotan después sus casas con una gran cantidad de cuadros, fotografías, retratos y estatuas. ¿Y qué representan todos ellos? Ya hombres célebres, beneméritos de la patria y de la sociedad, ya miembros de la familia o personas queridas. Por un lado verás la foto del padre difunto o de la madre, colocada en un marco decoroso y circundada, como es justo, de veneración filial; por otra la madre dolorida, no pudiendo olvidar la pérdida prematura de su dilecto niño, guarda con amor su retrato.

Además, las personas, atadas entre sí por el afecto pero obligadas por las circunstancias a una separación temporánea, desean recibir mutuamente de la persona amada al menos algún objeto que la recuerde. Y cuando la muerte envíe al amigo a la tumba, entonces aquel recuerdo llegará a ser cien veces más querido.

En estos casos una carta "sin vida", una pintura "sin vida", un metal "sin vida" o un objeto "sin vida" no los ofenden. Sin embargo, no se trata de otra cosa sino de cuadros, imágenes o reliquias.

Con todo... aún aquí también se esconde "una cierta lógica", la lógica de "alguien".

Cada uno de nosotros no sólo tiene un alma, sino también un cuerpo, no sólo la razón, sino también los sentidos. Todo conocimiento natural llega ante todo a los sentidos (ojo, oído...) y después llega a la inteligencia y se graba en la memoria. No de manera diferente acontece para el conocimiento natural de los problemas relacionados con la religión. Cuanto más a menudo vemos nosotros

una cosa que está en relación con Cristo, la Virgen o los santos, y más todavía su efigie en la tela o en el papel, o también en medallas o escapularios, tanto más a menudo se dirige también nuestra mente a las personas que tales objetos representan o recuerdan; y todo ello influye poderosamente en nuestra vida.

Muchas personas, a la vista de Cristo clavado en la cruz o de un cuadro de la Virgen, ¿no renuncian quizás a un pecado que ya tenían en ánimo de cometer?... ¡No tendrían tanta petulancia ni tanta maldad!... Además, ¿cuántas oraciones brotan de los corazones delante de estas imágenes en dirección a las personas que ellas representan?... ¿Y cuántos ardientes suspiros de amor o cuántas peticiones de corazones doloridos arrancan ellas?... Y desde lo alto descendiendo a este corazón el bálsamo del consuelo.

¿Cuántas veces una mirada, aun sólo ocasional, dirigida a un crucifijo o a una estatua de la Inmaculada llena el corazón de coraje y de serenidad?... Si vas a descansar o te levantas para ir al trabajo, si llevas sobre tu pecho un escapulario o una medalla de la santísima Virgen y los besas con gratitud y veneración, entonces Ella se acordará de este acto de reverencia y de amor, y por toda la jornada guiará tu inteligencia y tu corazón, alejará de ti las tentaciones más graves, te dará fuerza en la lucha y no permitirá que tú caigas.

En el caso que tú te desprendieras por un instante de sus manos misericordiosas, pusieras en ti mismo la confianza y cayeras, en seguida Ella te levantaría, llenaría tu corazón con un arrepentimiento que procede del amor, conseguiría para ti el perdón y transformaría el mal en un bien aún mayor.

¿Quién arremete para que estas bendiciones no desciendan a tu alma?

Por cierto, no es Dios, ni la Virgen, ni los santos, ni los ángeles buenos.

¿Quién, pues?... (SK 1062).

La Inmaculada, Maximiliano y un niño

El Padre Kolbe fue un excelente director de almas. Sus palabras iluminaban y sus ejemplos arrastraban.

En los siguientes apuntes y con una especie de diálogo con un niño, Maximiliano nos inculca un ubérrimo racimo de exhortaciones y normas prácticas. Son mensajes con una "carga" de elevada espiritualidad.

Consagración bajo todo concepto, sin restricciones, totalmente, hasta llegar a ser un caballero sin reserva, totalmente.

María, Madre, Reina... (origen, noción imperfecta).

1) Hijo; 2) semejanza, imagen; 3) (sin derechos) cosa y propiedad (amor).

La Inmaculada es nuestra Madre, porque:

1. Es convencimiento común, sentimiento de los fieles.

2. Nos la dio Jesús.

3. Es Madre de la cabeza de la Iglesia, Jesús; por ende también de los miembros.

4. Es Madre de la gracia divina, de la gracia del Espíritu Santo, es mediadora de las gracias, es Madre de la vida de gracia, de la vida espiritual.

5. Es Madre del Redentor; por ende también de los redimidos (corredentora).

6. Es Madre del mismo Creador; por ende también de las criaturas (ángeles, hombres...).

Por estas razones tú, niño:

1. Ámala como Madre, con toda tu generosidad. Ella te ama hasta sacrificar al Hijo de Dios. En la anunciación te acogió de buen grado como hijo.

2. Ella te hará semejante a sí misma, te hará cada día más inmaculado, te nutrirá con la leche de su gracia. Déjate guiar por Ella, déjate plasmar cada día más libremente por Ella. Vela sobre la pureza de tu conciencia, purifícala en su amor. No te desalientes ni después de un pecado grave, aun cometido varias veces. Un acto de amor perfecto te purificará.

3. Cosa y propiedad. Ella haga contigo lo que quiere y no se sienta atada por ninguna limitación que derive de las obligaciones de una madre con respecto al propio hijo. Sé cosa y propiedad de Ella. Ella se sirva libremente de ti, disponga de ti sin reserva alguna para cualquier cosa que Ella quiera.

Sea Ella tu propietaria, tu Señora y Reina absoluta. El siervo vende el propio trabajo; al contrario, tú ofrécele en don la fatiga, el sufrimiento, todo tu ser. Suplícala que no respete tu libre voluntad, sino que obre contigo siempre libremente según su voluntad.

De Ella eres hijo, siervo, esclavo de amor, bajo todo aspecto y bajo cualquier denominación formulada hasta ahora o que podrá ser excogitada en nuestro tiempo o en el futuro. En una palabra: ¡sé de Ella!

Hasta ser milite, para que otros lleguen a ser cada día más

propiedad de Ella, como tú, y aún más; y todos los que viven y vivirán en todo el globo terrestre colaboren con Ella en la lucha contra la serpiente.

Ser de la Inmaculada, para que la conciencia, cada día más pura, llegue a ser aún más pura, inmaculada, como Ella es de Jesús, hasta llegar a ser madre y conquistadora de corazones para Ella.

Tú eres de Ella:

1. Déjate conducir por la Inmaculada. Todo lo que no depende de tu voluntad, seguramente Ella lo permite para tu bien, aunque proceda de la mala voluntad ajena. Es Ella que quiere que te suceda.

2. ¿Cómo responder a una dificultad? a) No prestarle atención alguna, cuando no te sea de ayuda ni de impedimento para alcanzar la meta de tu acercamiento a Ella, del amor a Ella, a Jesús, al Padre; b) Sirviéndote de ella (andando tras ella), cuando te sea de ayuda; o c) Combatiéndola, cuando te sea de impedimento. Ella quiere que tú obres así.

3. En la obediencia religiosa la voluntad de Ella, del Hijo y del Padre es segura; por esto es infinitamente sabia, prudente, potente, buena, aunque no te des cuenta con tu razón, porque tu mente es limitada y falible.

4. Poniendo en práctica su voluntad, tú demuestras un amor auténtico y sustancial a Ella, a Jesús y al Padre: te haces santo.

5. Lo que quiere el Padre, lo quieren también el Hijo y el Espíritu; lo quieren Jesús y la Inmaculada. Su voluntad no está jamás en contradicción.

6. En las cosas en las que no intervienen ni la necesidad ni la obediencia, compórtate como quieres, procurando agradarle a Ella. "Ama y haz lo que quieres", según el pensamiento de san Agustín.

7. Procura conservar pura la conciencia; cuida que no caigas; pero si cayeres, no tardes en levantarte.

8. Ella te preservará de la caída, si pones tu confianza en Ella y de ninguna manera en ti mismo; y de tu parte harás lo posible, con su ayuda, para no caer.

9. La causa de una caída es la confianza en las propias fuerzas, mientras la verdad es que nosotros, por nosotros mismos, somos nada y nada somos capaces de hacer. Sin Ella, mediadora de las gracias, no nos preservamos de caer en el pecado.

10. En caso de caída, en seguida ofrécete a Ella con todo el

asunto de tu caída e invoca el perdón: "Querida Madrecita, perdóname e impétrame el perdón delante de Jesús". Procura cumplir la acción sucesiva de modo que puedas brindar el mayor agrado posible a Ella y a Jesús, y ten la seguridad de que este acto de amor cancelará completamente aquella culpa. En la primera confesión que hagas, acusarás esta caída; sin embargo, ni Ella, ni Jesús, ni el Padre ya no la recuerdan más desde tiempo atrás.

11. Ama con todo tu ser, con toda tu voluntad y con todo tu sentimiento; pero si te sientes árido y no eres capaz de suscitar sentimientos de amor, no te preocupes, porque ello no pertenece a la esencia del amor. Si tu voluntad desea sólo cumplir la voluntad de Ella, quédate tranquilo, ya que la amas de veras a Ella, a Jesús y al Padre.

12. No te olvides que la santidad no consiste en acciones extraordinarias, sino en cumplir bien tus deberes hacia Dios, hacia ti mismo y hacia los demás.

13. Nadie, ni el estado de vida más santo, te asegura la santificación del alma, si descuidas los deberes que derivan del mismo estado.

Procura ver en estos deberes la voluntad cierta de la Inmaculada, ya que el cumplimiento de esa voluntad demuestra tu amor hacia Ella y, en Ella y por Ella, hacia Jesús y el Padre.

La oración, la penitencia y las obras, aun buenas en sí mismas, no le son gratas, si impiden el buen cumplimiento de tus deberes. Justamente en ellos está la voluntad de Ella.

14. Puedes utilizar tranquilamente las expresiones: "Deseo cumplir la voluntad de la Inmaculada", "Hágase la voluntad de la Inmaculada", "La Inmaculada ha dispuesto así"... , porque Ella quiere lo que Jesús quiere, mientras Jesús quiere lo que el Padre quiere.

La voluntad de la Inmaculada no difiere de la voluntad del Hijo y del Padre. Más aún, encauzándote sin reserva alguna hacia la voluntad de Ella, tú reconoces con ello mismo, además de amar la voluntad de Dios, también la verdad que la voluntad de Ella es tan perfecta que no difiere en nada de la voluntad de Dios, y rindes gloria a Dios por haber creado una criatura tan perfecta y por haberla constituido su propia Madre (SK 1334).

La Inmaculada Concepción y sus esplendores solares

Policromía de flores y frutos

Como el diamante tiene muchas facetas, que reflejan la luz y cautivan los ojos, así la Virgen María, diamante divino, ofrece a sus devotos las múltiples facetas de su personalidad, de sus misterios, de sus grandezas, de sus privilegios, de sus virtudes, de sus irradiaciones...

Cada hombre, según sus preferencias y carismas, puede contemplar alguno de los aspectos marianos. De ahí surge que en el campo de la teología y de la santidad, o sea, entre los teólogos y los santos, hay una extraordinaria variedad de planteos doctrinales y devocionales, todos merecedores de respeto y simpatía y que todos juntos forman un policromo ramo de flores en homenaje a la Madre del Señor.

Entre todos los santos y los teólogos, san Maximiliano Kolbe se distingue por haber reservado a la "Inmaculada Concepción" la centralidad de su pensamiento, de su devoción y de sus iniciativas apostólicas, como ya lo intuía y proclamaba el Papa Pablo VI en el día de su beatificación: "El Padre Kolbe hizo de la devoción a la Madre de Cristo, contemplada en su veste solar (Ap 12,1), el punto focal de su espiritualidad, de su teología y de su apostolado".

A su vez escribe el Padre José Símbula, en su estudio: "La Milicia de la Inmaculada". "La Inmaculada Concepción representa la clave de bóveda, el gran secreto y el impulso motriz de la vida y de

la espiritualidad de san Maximiliano, como igualmente del movimiento mariano por él fundado: la Milicia de la Inmaculada, o M.I.”.

Para la Inmaculada, son sus pensamientos y sentimientos, sus deseos y sus aspiraciones. Tanto en sus mensajes periodísticos como en sus cartas y en sus charlas a los religiosos, la presencia, la sonrisa y la gracia de la Inmaculada inflaman su corazón y provocan cantos y afectos de admiración. Si en sus escritos miles de veces campea el nombre de la Inmaculada, ¡cuántas veces la habrá invocado en sus plegarias y cuántas veces habrá hablado de Ella en sus conversaciones!

Él se sentía en todas partes y en toda circunstancia siempre y únicamente “El Caballero de la Inmaculada”, que es el rótulo de su revista mayor.

En su más famosa plegaria (SK 1305), él pide a la Virgen: “Vivir, trabajar, sufrir, consumirse y morir por Ella, sólo por Ella”.

Todos los testimonios de sus Hermanos en religión y de cuantos le conocieron no forman sino un florilegio de elogios a esa fidelidad radical y total hasta las últimas consecuencias.

Los estudiosos buscan las motivaciones de una consagración tan plena y vivencial. He aquí algunas, ponderadas por el Padre Símbula.

Toda alma, abierta a lo sobrenatural y según sus modalidades psíquicas y preferencias espirituales, puede quedar fascinada por un misterio de la vida del Señor y de su santa Madre o por una iluminación evangélica, o puede quedar impactada por una particular situación histórica. De ahí nace su peculiar carisma que es siempre una gracia y un don del Espíritu Santo. El carisma que brilla en Maximiliano y especifica su espiritualidad es la Inmaculada Concepción.

Además, ese carisma mariano fue favorecido por el ambiente familiar y polaco, impregnado de devoción mariana. Durante todo el período formativo el Padre Kolbe se abrevó en la gran corriente de espiritualidad franciscana que, como ideal de vida y de apostolado, desplegó las banderas de la Inmaculada.

El Padre quedó muy impresionado por las apariciones de la Medalla Milagrosa y de Lourdes. Esos mensajes le permitieron analizar en profundidad el misterio de la Inmaculada y sacar intuiciones originalísimas.

En fin, debemos subrayar un motivo personal de gran relieve. Por un absceso purulento se le debía amputar el pulgar derecho;

pero la noche anterior a la operación, el rector del Colegio Internacional puso unas gotas de agua de Lourdes en las vendas y al día siguiente la operación fue innecesaria, porque ya estaba curado. El prodigio fue el remate de una tupida red de iluminaciones y motivaciones y un llamado personal a vivir y propagar ese privilegio mariano, a aglutinar voluntades y corazones para que la sirvieran y amaran y a organizar iniciativas de alto nivel apostólico, como la Milicia de la Inmaculada y las dos ciudades marianas de Polonia y del Japón.

Todas esas motivaciones doctrinales, históricas y experienciales debían confluir en la composición de un libro; pero los trabajos que abrumaban sus días y la prisionía se lo impidieron.

Para el Padre Kolbe la Inmaculada fue un espejo en el que contemplaba todas las demás verdades, un punto de llegada de todas las iniciativas de Dios y un punto de partida o motor de todas las relaciones entre Dios y los hombres, modelo de vida y de santidad y fuente de gracias para todos.

Dado el íntimo nexo de los misterios con nuestras vivencias cristianas, en los capítulos anteriores el Padre Kolbe nos mostró, a través de algunos de sus escritos, las relaciones de la Virgen Inmaculada con cada una de las personas de la santísima Trinidad. En los próximos capítulos veremos la historia del dogma de la Inmaculada, su significado, sus avances y sus despliegues, su llamado a una respuesta de amor. Reservaremos un capítulo para examinar las relaciones de la Inmaculada con la Orden franciscana con sus consiguientes obligaciones y responsabilidades. Pondremos en resalto las iniciativas marianas del Padre Kolbe; y finalmente nos esforzaremos por comprender y vivir la consagración a la Inmaculada.

¿Incrédulo o ignorante?

Con tristeza constatamos que muchos cristianos desconocen su fe, y por eso no la sienten, ni la viven, ni la comunican a los demás.

La principal causa es la ignorancia y el principal remedio es la alimentación espiritual, sin la cual no se puede vivir ni crecer como cristianos y, menos, como apóstoles.

Para alimentar la vida espiritual, sugerimos la lectura bíblica diaria, la suscripción a una revista cristiana y la formación de una pequeña biblioteca popular religiosa en cada familia para niños,

jóvenes, adultos... Será una siembra de luz, aliento y alegría para toda la familia...

Conversando un día con un estudiante universitario, éste me espeta:

— Yo soy un incrédulo.

— ¿Qué quiere decir?

— Que no creo.

— ¿En qué no cree?

— En lo que dicen los curas.

— ¿Por ejemplo?

— Helo ahí. Se celebró hace poco la fiesta de la Inmaculada Concepción. ¿Cómo es posible que la Virgen no haya tenido padre?

— ¿Qué significa para Ud.: Inmaculada Concepción?

— Que la Virgen llegó a este mundo de la misma manera que Jesús.

— Entonces Ud. no es uno que no cree, sino uno que no sabe.

— ¿Por qué?

— Porque “Inmaculada Concepción” es totalmente otra cosa. Significa que la Virgen Inmaculada, al venir a este mundo, fue preservada inmune del pecado original desde el primer instante de su concepción. ¿Cómo es posible no saber estas cosas?... (SK 1053).

Inmaculada Concepción: nombre y realidad

Nos parece poder sintetizar el pensamiento de san Maximiliano en estos puntos. “Concepción” significa recepción de vida y de gracias, pero hay una diferencia radical entre las comunes concepciones humanas y la de la Virgen. Por esto la proclamamos “Inmaculada Concepción” o “Concepción sin mancha alguna de pecado”. Sobre Ella brilla un designio particular de Dios. De parte de Ella se destaca su apertura al mundo de la luz y de la gracia; y de parte de Dios, una mirada benigna que la colma de gracias.

“Inmaculada Concepción” no significa, como algunos piensan, que la Virgen santísima no haya tenido padre en la tierra. Ella vino a la luz como todos los demás niños de este mundo, del seno de una familia, y tuvo un verdadero padre y una verdadera madre.

Se llama “concebida”. Entonces no es Dios, quien no tiene principio, ni un ángel creado directamente por Dios, ni los progenitores que no recibieron su existencia mediante la concepción.

Ella es denominada nada menos que “Concepción”, pero no del mismo modo que Jesús, quien, aun habiendo sido concebido, sin embargo existe desde la eternidad, por el hecho de ser Dios.

Pero Ella es “Concepción Inmaculada”. En esto Ella se distingue de todos los otros hijos de Adán.

Por eso el nombre de “Inmaculada Concepción” le corresponde por derecho a Ella y sólo a Ella (SK 1308).

A las reiteradas preguntas de santa Bernardita, la Inmaculada manifestó el propio nombre diciendo: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. Y en verdad a ninguna persona, a excepción solamente de Ella, le corresponde tal nombre.

Revelando el propio nombre a Moisés, Dios dijo: “Yo soy el que soy” (Ex 3,14), porque Dios existe desde la eternidad, existe para la eternidad, existe siempre. Su esencia es la existencia sin algún límite, tanto en la duración como bajo cualquier aspecto. Todo lo que existe fuera de Dios no es la existencia, sino que tiene la existencia, porque la recibió. Por esto también la Inmaculada comenzó a existir en el tiempo.

Entre los seres cuya existencia tuvo inicio, los ángeles y los progenitores no comenzaron a existir mediante la concepción; en cambio, la Inmaculada, como todos los demás hombres, comenzó a existir mediante la concepción.

También Jesucristo, el Hombre-Dios, comenzó a existir mediante la concepción. Sin embargo, Él era un “concebido”, más que la concepción misma, porque, siendo Dios, el Hijo existía ya desde la eternidad; por este motivo, pues, siendo una concepción, Ella se distingue también de Él y es semejante a las otras personas humanas.

Con todo, desde el primer instante de su existencia, Ella se diferencia de los otros seres humanos, cuya concepción está manchada por el pecado original. Se trata de una concepción de hijos de los progenitores que pecaron; mientras la concepción de Ella fue sustraída a esta ley común: es una concepción inmaculada.

A Ella sola, pues, le corresponde por derecho tal nombre y, por consiguiente, es de veras el nombre que la define de manera esencial (SK 1319).

Trayectoria histórica

La resurrección del Señor fue, tanto para los hombres como

para la naturaleza, un encandilamiento cósmico. Al recibir el mandato de la evangelización en el mundo entero, los Apóstoles presentaban el mensaje de Cristo muerto y resucitado, y a la vez viviente en la Iglesia y en cada uno de sus discípulos.

El misterio de María permaneció en la penumbra, aunque los Evangelios guardaban preciosas semillas para los siglos venideros, como la plenitud de gracia, la disponibilidad y la docilidad de la Virgen, la maternidad divina, su cooperación en la redención humana, su presencia al pie de la cruz y en Pentecostés...

Hacia el siglo XI, la teología y la piedad comenzaron a examinar los orígenes de la existencia de la Virgen y los vieron envueltos en los esplendores meridianos de la gracia. No faltaron debates y oposiciones; pero la Orden franciscana tomó a la Inmaculada no sólo como Patrona sino también como bandera.

Poco a poco las dificultades quedaron disipadas, la verdad se hacía cada día más fúlgida y finalmente llegó la definición del dogma.

Como siempre, Maximiliano no nos va a hablar como historiador, sino como un enamorado, que quiere comunicar su luminoso mensaje.

La Inmaculada dejó la tierra, pero su vida penetró y se dilató cada vez más en las almas. Si todas las almas que ya recorrieron la peregrinación terrenal o que viven actualmente en este mundo pudieran pronunciarse, se debería publicar un número incalculable de gruesos volúmenes en testimonio de la actividad de la Inmaculada, tierna Madre de las almas redimidas por la Sangre sacratísima de su divino Hijo. Sin embargo, estos volúmenes contendrían únicamente lo que tales almas pudieran reconocer como gracias especiales de la Inmaculada, mientras toda gracia llega al alma por las manos de la mediadora de todas las gracias y no hay instante en que no fluyan en toda alma siempre nuevas gracias: gracias de iluminación de la inteligencia, de fortalecimiento de la voluntad, de estímulo para el bien; gracias ordinarias y extraordinarias, gracias relacionadas con la vida temporal y con la santificación del alma.

Sólo en el juicio divino y en paraíso llegaremos a conocer el interés que esta nuestra tierna Madre celestial tuvo para con cada uno de nosotros, desde nuestro nacimiento; el interés que Ella tuvo hacia cada alma, su hija, para plasmarla según el modelo de Jesús, su Hijo primogénito, prototipo de santidad, Hombre-Dios.

Recordemos sólo algunos de los acontecimientos más conocidos de estos nuestros tiempos.

La doctrina, que afirma que la Madre de Dios fue exenta de la mancha del pecado original desde el primer instante de su existencia, era comúnmente notoria a todos los fieles desde los orígenes de la Iglesia, y estaba contenida en la idea de que la Madre santísima era purísima, más pura que los ángeles, sin el mínimo pecado...

Dios, queriendo honrar aún más a la propia Madre Inmaculada, permitió que algunos teólogos del Medioevo, mediante un estudio más profundo de los textos de la sagrada Escritura, no lograran conciliar la verdad de la exención de María del pecado original con la afirmación, inspirada, de los textos sagrados: "Todos pecaron" (Rm 5,12) en Adán, y por esto se sirvieron presentar tal verdad de modo impreciso.

De ahí surgieron opiniones, teorías y disputas. Entre los demás (teólogos), también la escuela franciscana propugnó y difundió la teoría según la cual la Virgen santísima estuvo verdadera y completamente exenta de la culpa original desde el primer instante de su existencia y no estuvo jamás sujeta al poder de Satanás. Tal teoría fue llamada también "tesis franciscana".

Esta tesis adquirió un número cada vez mayor de seguidores. El Concilio de Trento destacó expresamente la intención de no incluir a la Virgen santísima en el decreto relacionado con la universalidad del pecado original.

En fin sonó la hora en que, después de tantos siglos, la santa Iglesia reconoció la oportunidad de pronunciarse de modo oficial sobre tal cuestión, en vista de un incremento del culto a la Virgen santísima y de una mayor ventaja para los fieles. El Sumo Pontífice Pío IX en una encíclica —la bula "Ineffabilis Deus" = "El inefable Dios"—, proclamó el dogma de fe:

"Para honra de la santa e individua Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para la exaltación de la fe católica y para el incremento de la religión cristiana, con la autoridad del Señor nuestro Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y nuestra declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina, que considera que la beatísima Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente y en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, es doctrina revelada por Dios, y por ende ha de ser creída firme y constantemente por todos los fieles. Por ello, si algunos —¡que Dios lo impida!— presumen

pensar diversamente de lo que nosotros definimos, sepan que naufragaron en la fe, condenados por su mismo juicio, y que se separaron de la unidad de la Iglesia..." (Pío IX P.M. Acta, I, 597).

En aquel mismo período tuvieron un vasto eco en el mundo la manifestación de la Medalla Milagrosa, la conversión del hebreo Ratisbonne y las apariciones de la Inmaculada en Lourdes (SK 1313).

Inmaculada: ausencia de pecado, plenitud de gracia

En la contemplación de la Inmaculada hay que tener siempre presentes los dos aspectos o polos: la ausencia del pecado y la plenitud de la gracia. Lo que sobre todo fascina a los místicos es la plenitud de gracia, o sea, plenitud de Dios y de su amor.

No faltan preferencias en las propias reflexiones, como subraya el Padre Símbula: "En el misterio de la Inmaculada Concepción los Padres y los teólogos occidentales ponderan preferentemente la ausencia de cualquier mancha de pecado; en cambio, los orientales insisten mayormente en la plenitud de gracia; para ellos María es la toda santa".

A través de una breve y succulenta meditación Maximiliano nos hará gozar con las maravillas de la Virgen, "la más perfecta criatura y la más semejante a Dios".

Dios se conoce a sí mismo, y así el Padre engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Dios conoce las propias semejanzas finitas en los grados más diferentes y las ama. A algunas las llamó a la existencia y así tuvieron inicio las criaturas.

Dios ve a la más perfecta de las criaturas, la Inmaculada, llena de gracia, la ama; y así nace Jesús, Hombre-Dios, Hijo de Dios e Hijo del hombre.

En Ella tienen inicio todos los grados de semejanza de los hijos de Dios y de los hombres: de los miembros de Jesús (SK 1282).

Jesús, devoto de la Virgen

"Jesús, devoto de la Virgen" ¿es, quizás, una frase atrevida en la pluma de san Maximiliano? ¿Qué quiere decirnos?

Todo hijo debe a la madre gratitud, cariño, admiración, ale-

gría, docilidad, servicialidad... Jesús fue —y sigue siendo por la eternidad— hijo de la Virgen...

Además del valor bíblico y psicológico, Maximiliano quiere exhortarnos a que, a semejanza de Jesús, todos nosotros veneremos y amemos a la Inmaculada, le consagremos nuestro corazón y nuestra voluntad, trabajemos generosa y audazmente por su reinado, como lo desea hacer la Milicia de la Inmaculada.

Jesucristo, Hombre-Dios, verdadero Dios, segunda Persona de la santísima Trinidad, es verdadero Hijo de la Virgen. Ella es su verdadera Madre. Él, para guardar el cuarto mandamiento, honra a su Madre y es su devoto.

Un hijo no deja nunca de ser hijo de la propia madre. Así Jesús será eternamente su Hijo, mientras Ella será eternamente su Madre. Él será para siempre su devoto.

Jesús la honró desde la eternidad y la honrará por la eternidad. Nadie se le acerca a Él, ni se hace semejante a Él, ni se salva, ni se santifica, si no la honra: nadie, ni un ángel, ni un hombre, ni otro ser.

Ella es la Reina del universo, la Reina del cielo y de la tierra. En el paraíso todos la reconocen como su Reina. El infierno la odia y tiembla delante de Ella, mientras aquí en la tierra ¡cuántas almas todavía no la conocen o, conociéndola demasiado poco o, para peor, haciendo causa común con los demonios, no la honran, sino que la odian!

En todo tiempo y en diferentes localidades del globo terrestre surgieron almas que, inflamadas de amor hacia Ella, encendieron tal amor a su alrededor. Dieron vida a asociaciones para conquistar de la manera más eficaz los corazones para Ella y le consagraron toda su vida.

Una de entre las más jóvenes de tales asociaciones es la Milicia de la Inmaculada (SK 1321).

En todas partes, ¡el Amor!

Desde los tiempos más antiguos los maestros de la vida espiritual solían tener no sólo conversaciones personales con los aspirantes, sino también charlas comunitarias, para irradiar sobre todos la misma luz, resolver juntos los problemas, unificar IDEALES y esfuerzos, estimular energías...

Maximiliano considera a la Inmaculada como un espejo, en el

que quiere contemplar los distintos misterios trinitarios y su polarización sobre toda la creación.

En breves apuntes condensa grandes temas marianos. A pesar de lo escuetos y sobrios, nos parece que encierran una gran riqueza doctrinal y podrán ser de gran alimento espiritual.

- Madre divina.
- Concebida sin pecado (Concepción).
- Mediadora de las gracias (desde las letanías y desde el pequeño oficio).
- Asunción.
- Todas las perfecciones juntas, pero sólo las limitadas.
- (Superhombre).
- Gracia y creación.

Toda acción está en vista de una reacción.

La reacción es el fruto de una acción.

Dios Padre: principio primero y fin último.

Inmaculada: llena de gracia; nada le falta de lo que es gracia.

La gracia llega a las criaturas a través del mismo camino: del Padre a través del Hijo (Cristo: "Yo enviaré") y a través del Espíritu Santo (La Inmaculada).

La reacción procede por el camino inverso: de la creación, a través de la Inmaculada (el Espíritu Santo) y Cristo (el Verbo), al Padre.

Acción y reacción = amor = gracia; obras buenas.

La Inmaculada es una nave a través de lo infinito.

En todo instante (o, más bien, siempre) el Padre engendra al Hijo sin una Madre (la Madre supone la imperfección del fruto); y del Padre a través del Hijo y por el Hijo procede el Espíritu Santo = vida divina, modelo de toda acción, sobre todo vital.

Dejarse conducir. Aceptación de la Palabra de Dios; y "María la guarda" (Lc 2,19 y 51).

La misma María hace todo.

La creación es fruto del amor.

Jesucristo es el fruto del amor de Dios hacia la bienaventurada Virgen.

Todo "hombre-Dios" es fruto del amor de Dios hacia la bienaventurada Virgen.

En todas partes, ¡AMOR!

No confiar en sí mismo, sino en la Inmaculada (SK 1291).

¡Dichosa imposibilidad!

Hay imposibilidades frustrantes, pero también hay imposibilidades extasiantes.

Las perfecciones divinas nos desbordan infinitamente; pero el alma, a pesar de no poder abarcarlas, rebosa de gozo en su contemplación, tanto en razón de su grandeza como en razón de ser manantiales inagotables para el hombre, para su destino, para su plena realización temporal y eterna.

Las palabras humanas no son capaces de describir quién es Aquélla que llegó a ser verdadera Madre de Dios. Al hablar con propiedad Ella, por sí misma, es sólo una criatura; con todo es un ser talmente elevado por Dios que sería necesario comprender quién es Dios, para comprender quién es la Madre de Dios.

Ella es verdaderamente Madre de Dios. Es un dogma de fe. Una madre no se llama ni es madre de una parte del hijo, ni un padre es padre sólo de una parte de él, sino que tanto el padre como la madre son progenitores de todo el hijo. Así la Virgen se llama y es Madre de todo Jesús, Hombre-Dios; por ende es también Madre de Dios.

Aunque la dignidad de la maternidad divina constituya la razón principal de todos sus privilegios, sin embargo, la primera gracia que Ella recibió de Dios es su Inmaculada Concepción, la exención de cualquier mancha, hasta del pecado original, desde el primer instante de su existencia.

Este privilegio tiene que serle muy querido, si Ella misma en Lourdes se llamó: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

En tal ocasión Ella no dijo: "Yo soy concebida sin pecado", sino: "La Inmaculada Concepción"; se deduce, pues, que Ella es la inmaculaditud personificada. Por cierto, Ella es una concepción, ya que comenzó a existir en el tiempo; con todo, es Inmaculada Concepción.

Dios dijo a Moisés: "Yo soy Aquel que es" (Ex 3,14). Yo soy la misma existencia; y por esto soy sin principio. En cambio, la Inmaculada dice de sí misma: "Yo soy Concepción", pero, contrariamente a todas las demás personas humanas, la "Concepción Inmaculada" (SK 1292).

Disposiciones para conocer a la Inmaculada

Hay muchas maneras de acercarnos al conocimiento de los misterios divinos, en especial de los misterios marianos: maneras abstracta, teórica, racional... o experiencial, vivencial, mística, con la intuición del corazón...

La contemplación mística es el camino ideal; pero esa contemplación es un don particular de Dios. Por eso ese conocimiento es "más fruto de la oración que del estudio, de la santidad que de la cultura, de la intuición mística que del raciocinio, de la pureza de conciencia que de la grandeza del ingenio" (Gerlando Lentini).

El Padre Kolbe, pone los ojos suplicantes en la Inmaculada y reflexiona en voz alta, tanto para hablarse a sí mismo como a los lectores; y, ya que el conocimiento de la Inmaculada es un don, pondera las disposiciones con que hay que recibirlo: confianza, humildad, pureza de corazón, ansias de luz, estremecimientos de amor, docilidad, oración...

Maximiliano escribió esta página empapando la pluma en las mieles de su contemplación y de su santidad y por eso nos parece una página de singular interés y de inspirado contenido místico.

Cuando te dispones a leer algo sobre la Inmaculada, no te olvides que en aquel momento entras en contacto con un ser viviente, que te ama, puro, sin mancha alguna.

Recuerda que las palabras que lees, no son capaces de expresar quién es Ella porque son palabras humanas, sacadas de conceptos terrenales, palabras que describen toda cosa de modo humano, mientras la Inmaculada es un ser totalmente de Dios. Por ello, de alguna manera, es infinitamente más sublime que todo lo que te rodea.

Ella misma se te manifestará a través de los pensamientos que leas y te comunicará pensamientos, convicciones, sentimientos que el mismo autor no había sido capaz mínimamente de imaginar.

Considera atentamente que, cuanto más pura tengas la conciencia, cuanto más la laves con la penitencia, tanto más tus conocimientos sobre Ella se aproximarán a la verdad.

Reconoce también con sinceridad que sin su ayuda tú no eres capaz de emprender nada en la obra del conocimiento y del amor de Ella, con todas sus consecuencias. Reconoce que Ella sola te debe iluminar cada vez más, Ella sola debe atraer tu corazón hacia sí con

el amor. Recuerda que todo el fruto de la lectura depende de la oración a Ella.

Pues bien, no comiences la lectura, antes de haber invocado con alguna plegaria su ayuda. No te preocupes por leer mucho, sino que, más bien, enlaza la lectura con la elevación de tu corazón hacia Ella, sobre todo cuando otros sentimientos se despiertan en tu corazón.

En fin, cuando concluyes la lectura, confíale a Ella la producción de un fruto cada día más hermoso (SK 1306).

Lourdes, ciudad de la Inmaculada

Como cautivado por tantas comunicaciones celestiales, Maximiliano relata las manifestaciones de la Medalla Milagrosa a santa Catalina Labouret en el año 1830 y la conversión de Ratisbonne en el año 1842.

Sobre todo, fascinado por la misma visión de santa Bernardita, Maximiliano narra las apariciones de Lourdes en un racimo de artículos. Nosotros ofreceremos el relato más breve.

¿Qué ve el Padre Kolbe en esas apariciones? Ve un abrazo y una preciosa coincidencia entre el cielo y la tierra, entre la proclamación del dogma y la devoción popular. Por cierto esas apariciones no eran necesarias, ya que existía la proclamación del dogma, pero fueron una confirmación de lo que el Papa había hecho y una fuente abundante de gracia y alegría para todo creyente quien, al leer esas páginas, se siente invadido por la emoción.

Para Maximiliano cada una de esas manifestaciones fueron momentos de gracia y un llamado a una consagración total a la Inmaculada.

¿Quién no oyó hablar acerca de las apariciones de la Inmaculada en Lourdes, cuya autenticidad está atestiguada por numerosos milagros?

Como en diferentes épocas de la vida de la humanidad, así también en nuestros días, precisamente en el año 1858, la Inmaculada dio una mano a sus hijos, extraviados en los torbellinos de la incredulidad e inmoralidad.

En este mes de febrero se recuerda el aniversario de ese memorable acontecimiento. En tal ocasión la Inmaculada recomendó dos cosas: "ORACION Y PENITENCIA".

Tocaban las once horas de la mañana cuando la pequeña Bernardita salió de casa junto con la hermana María y la compañera Juanita, para ir a recoger la leña para cocinar el almuerzo. Estaba permitido a todos los pobres recoger en el bosque vecinal y en las orillas del río las ramas secas y los pedazos de tronco que el pequeño río arrastraba desde la montaña.

Hacia allá las tres dirigieron sus pasos. Así llegaron al torrente. María y Juanita se sacaron los zuecos y en poco tiempo, caminando por el agua, alcanzaron la otra orilla cerca de la gruta de Massabielle. La frágil Bernardita no lograba aún seguirlos.

De repente sintió un silbido como de viento impetuoso. Miró alrededor para ver si había nubes con amenazas de tempestad, pero con estupor advirtió que las ramas de los árboles no se movían absolutamente. Echó una mirada en dirección a la gruta y... hubiera querido lanzar un grito, pero la voz se le apagó en la garganta. En la gruta había aparecido una Señora de una belleza maravillosa. Estaba envuelta en un fulgor de luz que, pese a todo, no encandilaba el ojo, sino que lo atraía de modo singular.

Era de mediana estatura. Vestida con un vestido blanco y un cinturón azul, posaba levemente los pies en la rama de un rosál. En sus pies brillaban dos rosas de oro. Un velo blanco le bajaba de la cabeza. No llevaba ni collares, ni diamantes, ni otros adornos. En las manos, devotamente enlazadas, apretaba el rosario.

Bernardita cayó de rodillas y sacó el propio rosario. La Señora de la aparición hizo lenta y devotamente la señal de la cruz. Bernardita hizo lo mismo y comenzó a rezar el "Credo", el "Padrenuestro" y después el "Ave María", una oración en pos de otra. También la bellísima Señora desgranaba los blancos granos de su rosario, pero sus labios permanecían inmóviles. Apenas Bernardita terminó el último "Gloria al Padre", la Señora desapareció.

Esto sucedió el 11 de febrero de 1858.

El domingo siguiente Bernardita se dirigió nuevamente a la gruta, donde vio por segunda vez a la bellísima Señora con el rosario en la mano y allí rezó el rosario, su oración preferida. El día 18 de febrero la maravillosa Señora le pidió que fuera allá por quince días. Multitudes siempre más numerosas de fieles acompañaban a Bernardita a la gruta, y toda vez ella rezaba el rosario. Durante esta plegaria la Señora de la aparición le abría los secretos relacionados con ella sola y le confiaba encargos.

El 23 de febrero la Señora le encargó que dijera a los sacerdotes

que deseaba la erección de una capilla en su honor junto a la gruta. Bernardita contó todo a su párroco, el Padre Peyramale. Éste, como demostración de la autenticidad de las apariciones, pidió que el rosal silvestre de la gruta floreciese, a pesar de estar en invierno. El día siguiente, la aparición se repitió y después la misma Bernardita contó al párroco:

"He visto a aquella Señora maravillosa y le he dicho: "El señor párroco exige alguna prueba, por ejemplo, que Ud., Señora, haga florecer el rosal que está bajo sus pies, porque mi palabra no es suficiente para convencer a los sacerdotes, y no quiere hablar conmigo de estas cosas". Entonces la Señora sonrió, pero no me dijo nada. Después me recomendó que orara por los pecadores y me ordenó que entrara en la gruta y exclamó tres veces: "¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!" Yo repetí las mismas palabras mientras me arrastraba con las rodillas hasta el centro de la gruta. En este momento me manifestó otro secreto, que se refiere a mí sola. Después desapareció".

A pesar de las presunciones de los "filósofos" y de los "doctos" de Lourdes, más aún, a pesar de las violencias de las autoridades laicas, las apariciones continuaron repitiéndose. Brotó de manera prodigiosa un manantial de agua que sanaba a los enfermos, incluso a los que los médicos ya habían abandonado por desahuciados.

En la solemnidad de la anunciación de la santísima Virgen María, la Señora apareció por última vez. Bernardita, rebosante de dicha, le preguntó:

"Oh Señora mía, sé buena y dime quién eres y cómo te llamas".

La Señora de la aparición sonrió solamente, pero Bernardita continuó preguntando:

"Oh Señora mía, sé buena y dime quién eres y cómo te llamas".

La maravillosa Señora comenzó a hacerse aún más esplendorosa, pero nada respondía. Bernardita insistió todavía:

"Oh Señora mía, sé buena y dime quién eres y cómo te llamas".

Una luz celestial envolvió cada vez más a la bella Señora, pero la respuesta no llegaba. Bernardita insistió todavía en su pregunta.

Entonces la celestial Señora abrió las manos que tenía juntas, puso el rosario en la derecha, extendió ambas manos inclinándolas hacia la tierra y después las elevó de nuevo, las juntó y, dirigiendo la mirada al cielo, con una amabilidad inexpresable, dijo:

"Yo soy la Inmaculada Concepción"; y desapareció.

Era la primera vez en su vida que aquella adolescente oía estas palabras y no comprendió su significado. Por esto procuró no olvidarlas. He aquí su relato:

“A lo largo de todo el camino continué repitiéndolas en mi mente, para no olvidarlas, hasta llegar a la casa parroquial, a la que me estaba dirigiendo. Decía a cada paso: “Inmaculada Concepción, Inmaculada Concepción”. Quería comunicar al señor párroco las palabras de la Señora de la aparición, para que fuera edificada la capilla”.

La oración, pues, en particular el rezo del rosario, y la penitencia: he ahí las dos recomendaciones que la Inmaculada dirige a todos nosotros (SK 1049).

La Inmaculada: Ideal de vida y de apostolado

Ideal difícil, pero cautivante

La Inmaculada es nuestro IDEAL, afirma el Padre Kolbe; o sea, la Inmaculada es modelo de vida y virtud, de consagración y entrega, de fe y obra al servicio de Jesús y de la Iglesia.

Las actividades apostólicas del Padre Maximiliano, sobre todo en el campo periodístico, por novedosas y dinámicas, llamaban mucho la atención y la gente comentaba y preguntaba.

Maximiliano no esquiva el bulto a los planteos y contesta señalando IDEALES y programas.

“El Pequeño Diario” o “Maly Dziennik” era una respuesta a las necesidades informativas de las familias polacas y a la vez era un desafío a las grandes empresas periodísticas. La tirada diaria frisaba los 150.000; la dominical o festiva llegaba a los 250.000 ejemplares.

“El Caballero de la Inmaculada” era el decano de la prensa editada en Niepokalanów y de un mes a otro crecía en calidad y en tiradas, hasta llegar al millón en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Los dos eran muy solicitados por su contenido, su precio popular y —¡ja no olvidarlo!— estaban respaldados por las oraciones de un santo.

¿Por qué “El Pequeño Diario” entró en liza con la prensa diaria? ¿Por qué “El Caballero de la Inmaculada” conquista falanges cada

véz más numerosas de almas? ¿Por qué en Niepokalanów se congregaron tantos religiosos Hermanos que consagran toda su vida al trabajo, reduciendo sus exigencias personales?

Estos y otros pensamientos semejantes se asoman indudablemente a la mente de las personas de buena voluntad.

Diré francamente que no es fácil comprender nuestro ideal y aún más difícil profundizarlo; o, más bien, lo podemos profundizar cada vez más y conocer de manera más explícita, pero jamás podremos agotar la sublime profundidad. ¿Por cuál motivo? Porque en este caso se trata de la Madre de Dios. Nosotros conocemos bien el significado del término “madre”, pero la noción de “Dios” contiene en sí misma lo infinito, mientras nuestra mente es limitada y por eso jamás será capaz de comprender plenamente el concepto de “Madre de Dios”.

Por lo tanto, el que no es capaz de doblar las rodillas y de implorar de Ella, en humilde oración, la gracia de conocer quién es realmente Ella, no espere aprender algo más sobre Ella.

De la divina maternidad brotan todas las gracias concedidas a la santísima Virgen, y la primera de tales gracias es la Inmaculada Concepción.

Este privilegio debe estarle particularmente a pecho, si en Lourdes Ella misma quiso llamarse: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. Con este nombre, tan grato al corazón, deseamos llamarla también nosotros.

La Inmaculada: he ahí nuestro ideal.

Acercarnos a Ella, hacernos semejantes a Ella, permitir que Ella tome posesión de nuestro corazón y de todo nuestro ser, que Ella viva y obre en nosotros y por medio nuestro, que Ella misma ame a Dios con nuestro corazón y que nosotros pertenezcamos a Ella sin restricción alguna: he ahí nuestro ideal.

Insertarnos activamente en nuestro ambiente, conquistarle a Ella las almas de modo tal que frente a Ella se abran los corazones de nuestros vecinos, para que Ella extienda el propio dominio en los corazones de todos los que vivan en cualquier rincón de la tierra, sin miramientos acerca de la diversidad de raza, de nacionalidad, de lengua, e igualmente en los corazones de todos los que vivan en cualquier momento histórico, hasta el fin del mundo: he ahí nuestro ideal.

Más aún, que su vida se desarrolle de la misma manera en cada alma que existe y existirá en cualquier tiempo: he ahí nuestro querido ideal.

Un día Jesús, mientras hablaba de la posibilidad de comprender la sublimidad de la vida virginal, afirmó: *“El que pueda entender, ¡que entienda!”* (Mt 19,21). Lo mismo yo, para concluir estas breves expresiones, deseo sólo añadir la misma cosa: *“El que pueda entender, ¡que entienda!”*.

Lamentablemente, incluso entre los que recibieron el santo bautismo y a veces profundizan también sus conocimientos religiosos, se halla un número bastante consistente de personas que logran con dificultad penetrar en el Corazón de la Inmaculada, la Madre de Dios, la Madre de Jesús nuestro hermano, la Madre de nuestra vida sobrenatural, la mediadora de todas las gracias, nuestra Reina, nuestra Soberana, nuestra Capitana y la Dominadora de Satanás (SK 1210).

Ser de la Inmaculada para irradiarla

Todo apóstol desea el advenimiento del reino de Dios en los corazones y en la sociedad, sabiendo que ese bien espiritual influirá notablemente en las familias y en toda la sociedad. El Padre nuestro es una oración apremiante para que “venga ese reino”.

El Padre Kolbe se nos presenta como apóstol moderno y como fundador de un movimiento apostólico, pero todo bajo los ideales y las insignias de la Inmaculada.

Su programa mariano se compendia así: ser de la Inmaculada, para irradiarla y atraerle almas. Con sus palabras Maximiliano nos ofrece un anchuroso itinerario de santidad y de apostolado.

“Por la Inmaculada al Corazón divino de Jesús”: es nuestra consigna. “Por la Inmaculada” es nuestra característica esencial. Como instrumentos en su mano. Por consiguiente, no es suficiente que nosotros nos preocupemos en ser cada vez más de la Inmaculada bajo todo aspecto, dentro de límites bien determinados, sino que deseemos irradiar a la Inmaculada hasta tal punto que seamos capaces de atraerle también las almas de los demás, más aún de todos los que existen ahora, que existan y puedan existir en futuro, sin limitación alguna.

En una palabra deseamos cada vez más pertenecerle a Ella hasta ser sus “caballeros”, dispuestos a sacrificarnos totalmente por Ella hasta la última gota de sangre en la obra de conquistarle a Ella el mundo entero y toda alma en particular; y esto lo más

pronto posible, lo más pronto posible: he ahí la M. I. o Milicia de la Inmaculada.

Además, cada uno de nosotros dice: Yo deseo, ante todo, traducir en acto, realizar cada vez más y cada vez más rápidamente este ideal en mí mismo. Yo mismo debo empeñarme cabalmente por pertenecer cada vez más a la Inmaculada; soy yo mismo que me debo consagrar cada vez más a Ella, hacerme semejante a Ella, vivir de Ella, irradiarla, para que mi ambiente esté iluminado cada vez más claramente por el conocimiento de Ella, sea animado e inflamado cada vez más ardientemente de amor hacia Ella.

De esa manera un número cada vez mayor de otras personas llega a ser semejante a mí, como yo lo soy con respecto a Ella y así, por mi intermedio, pertenecen cada vez más a Ella, para que también ellas, como yo, influyan cada vez más entre sus vecinos e iluminen e inflamen un número cada vez mayor de otras personas. Para que el mundo entero y cada alma en particular lleguen a ser cada vez más semejantes a Ella, casi Ella misma: he ahí la Milicia de la Inmaculada.

¿De qué medio me sirvo? De cualquier medio, con tal que sea lícito. Un medio formidable es la unión de las energías de cada uno en particular, de almas aisladas entre sí. He ahí el por qué de la "Milicia de la Inmaculada" en cuanto "Asociación".

Donde hay una unión de energías, ahí es indispensable también un cerebro único. Para esto existe la sede central de Niepokalanów... (SK 1231).

Voluntad de Dios y voluntad de la Inmaculada

La perfección consiste en la unión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. La Virgen es un ejemplo perfecto de la unión de su voluntad con la de Dios. Su aceptación, su "Sí" a la propuesta del ángel produjo la encarnación de Jesús y el comienzo de la salvación; Jesús, por su parte, obedeció a la Virgen como a su Madre.

Nosotros, pues, lograremos la perfección cuando, a semejanza de Jesús, sigamos la voluntad de la Inmaculada y de esa manera cumplamos la voluntad de Dios.

Por cierto, no se trata de superposición de intenciones ni de tareas, sino de visión unitaria del plan de Dios y de sus mediaciones, sin perder de vista que cada alma tiene su particular itinerario y etapas en la vida espiritual.

Más de una vez, seguramente, hemos tropezado con expresiones, como: “La voluntad de Dios”, o “Voluntad de la Inmaculada” o también: “El cumplimiento de la voluntad de la Inmaculada es el camino más breve y más seguro para la santidad”. En un primer momento, tal vez, se insinuó en nosotros la duda que tal afirmación no estuviera conforme a la verdad.

Pues bien, nuestro supremo Legislador es Dios y nuestra salvación depende del cumplimiento de su voluntad. La Inmaculada es, en verdad, Madre de Dios; pero, en relación con la perfección de Dios, Ella es infinitamente inferior a Él, no es más que una obra de su voluntad.

Sí, es verdad, la Inmaculada es sólo una obra de Dios y, como toda obra, incomparablemente inferior a su Creador y depende en todo de Él. Pero al mismo tiempo Ella es la obra más perfecta y la más santa, porque —como afirma Conrado de Sajonia en su *Espejo de la Bienaventurada María Virgen*—, “Dios puede crear un mundo más grande y más perfecto, pero no puede elevar a ninguna criatura a una dignidad más alta que aquélla a la que ensalzó a María”.

La Inmaculada es el límite último entre Dios y la criatura. Ella es imagen fiel de la perfección de Dios: de su santidad.

El grado de perfección depende de la unión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. Cuanto mayor es la perfección, tanto más estrecha la unión. Ya que la Virgen santísima superó con su perfección a todos los ángeles y santos, por ende también su voluntad está unida e identificada de la manera más estrecha con la voluntad de Dios. Ella vive y obra únicamente en Dios y por medio de Dios. Por lo tanto, cumpliendo la voluntad de la Inmaculada, nosotros cumplimos, por el mismo hecho, la voluntad de Dios.

Al decir que nosotros queremos cumplir únicamente la voluntad de la Inmaculada, con tal afirmación no disminuimos en absoluto la gloria de Dios, sino que, más bien, la acrecentamos mayormente, porque de esa manera reconocemos y veneramos la omnipotencia de Dios que dio la existencia a una criatura tan sublime y perfecta... Igualmente, cuando quedamos embelesados frente a una bella escultura, con ello mismo nosotros elogiamos y admiramos el genio del artista.

Por esto podemos afirmar sin temor alguno que nuestro único y más alto deseo es el de cumplir la voluntad de la Inmaculada de la manera más rigurosa posible. Llegar a ser cada día más propie-

dad de Ella. Permitir a la Inmaculada que tome posesión de nuestro ser.

Entonces llegaremos a ser sus dignos milites. Y no seremos más nosotros, sino Ella en nosotros y por intermedio nuestro a obrar y a ejercer un influjo en el ambiente circundante. Bajo el amoroso soplo de la gracia se disolverán las barreras de hielo puestas ante el corazón de nuestros vecinos. Multitudes enteras seguirán la voz de la Inmaculada y llegarán a ser instrumentos en sus manos. Por su intermedio la Inmaculada influirá en otras almas y así cada vez más adelante, hasta la conquista del mundo entero, de todas las almas y de cada una en particular.

Para apurar este instante, debemos comenzar ante todo por nosotros mismos. Dirijamos nuestra mirada hacia Jesús, nuestro modelo más perfecto. Él, Dios, la santidad misma, se dona a la Inmaculada sin ninguna reserva, se hace su Hijo, quiere que Ella lo guíe a su gusto nada menos que durante treinta años de su vida terrenal. ¿Necesitaríamos, quizás, una animación mejor?

Sigamos el ejemplo de Jesús y desde este instante renovemos la promesa hecha a la Inmaculada. Empeñémonos en vivir de modo tal que lleguemos a ser cada día y cada momento siempre más propiedad de la Inmaculada, es decir, de modo tal que cumplamos cada vez más perfectamente la voluntad de la Inmaculada (SK 1232).

La Inmaculada suscita santos

Jesús dice: "El sarmiento que está unido a la vid, ése produce muchos frutos" (Jn 15,5). Así el que está unido a la Inmaculada con su mente, con su corazón y con su voluntad, ése producirá muchos frutos.

Y los dos frutos más hermosos de esa devoción son la santificación y la fecundidad apostólica. San Maximiliano es un estupendo testimonio de esa eficacia.

Pidamos a la Virgen estos grandes dones para nosotros y para los demás y cooperemos con generosidad para lograrlo.

La Inmaculada desciende a la tierra como una buena Madre entre sus hijos, para ayudarlos a que salven su alma. Además, Ella desea la conversión y la santificación de todas las almas, sin alguna excepción.

Para llevar a cabo tal obra, se sirve de instrumentos tomados

entre los hombres, como vemos en las apariciones. De todas maneras se trata de acontecimientos extraordinarios. Frecuentemente Ella apremia a los hijos que la aman a que colaboren con Ella en las situaciones ordinarias de la vida cotidiana.

Estas mismas almas, consagradas a Ella, viven de Ella, piensan a menudo en Ella, la aman de verdadero corazón y buscan discernir sus deseos —manifestados por sus mismos labios u ofrecidos a ellas en las silenciosas inspiraciones interiores—, y difunden su voluntad, atrayendo un número cada vez mayor de almas a un conocimiento cada vez más perfecto y a un amor cada vez más ardiente hacia Ella y, en Ella y por medio de Ella, a un amor cada vez más intenso hacia el Corazón divino de Jesús.

En todo tiempo la Inmaculada suscita miles de tales almas consagradas a Ella. Muchas de ellas se unen más o menos estrechamente entre sí para servir todavía mejor, con un esfuerzo común, a su Señora. Por esto las asociaciones que trabajan exclusivamente por Ella son numerosas y diferentes.

Con todo, nos apenamos aún con san Luis María Grignión de Montfort: “Hasta hoy la Virgen no es conocida de manera suficiente y éste es uno de los motivos por los cuales Jesucristo no es conocido como debiera serlo”.

Existen todavía en el globo terrestre almas que no saben siquiera quiénes son Jesús y María. La mies sigue siendo abundante, mientras los operarios son demasiado pocos (Lc 10,21). Por consiguiente, es vasto, aún muy vasto el campo para realizar siempre nuevos esfuerzos.

Una de las más jóvenes asociaciones que tienen como meta la conquista de las almas para la Inmaculada y, por medio de Ella, para el sacratísimo Corazón de Jesús es la “Milicia de la Inmaculada” (SK 1323).

Amor ilimitado a la Inmaculada

En ocasión de su onomástico, el Padre Maximiliano recibió numerosas demostraciones de adhesión y de afecto de parte de los religiosos de Niepokalanów. Esas manifestaciones le fueron particularmente gratas por lo calurosas y porque él se hallaba en los difíciles momentos de sus actividades fundacionales en la misión japonesa, a más de 10.000 km. de distancia.

Maximiliano goza del amor que esos religiosos muestran a la Inmaculada, y aprovecha la oportunidad para seguir sembrando a

manos llenas entusiasmo y fervor en sus corazones. La idea global que guía su pluma es la misma que guía toda su vida hasta el martirio: "el amor ilimitado a la Inmaculada".

¡Ojalá que san Maximiliano Kolbe, quien ahora puede contemplar cara a cara a su Madrecita Inmaculada, nos contagie su gran amor a la Virgen, pero un amor que se vuelve dinamismo apostólico! La "escala blanca" hace referencia a la visión de Fray León en las "Florecillas de san Francisco" - Cap. 7.

¡Queridos Hermanos, mis queridos hijos!

Me alegré mucho, pero mucho más se alegró el Corazón de la Inmaculada por las numerosas demostraciones de amor hacia Ella que ustedes escribieron en las tarjetas de augurios en ocasión de mi onomástico. Ella miró en sus corazones y vio todo, tanto lo que estaba puesto en el papel como aquello para lo cual no bastaron "ni el tiempo ni el papel".

Uno escribe que desearía tener una "pequeña parte" de mi amor. Mis queridos hijos, cuando se trata de la Inmaculada, no pensemos en absoluto en "pequeñas partes", sino que, más bien, rivalicemos todos juntos; y todo aumento de amor hacia Ella en uno, produzca un despliegue aún mayor en los demás. ¡Nuestro corazón es tan pequeño y tan débil! Nosotros jamás le ofreceremos el amor que Ella se merece, aquel amor con el cual Ella nos ama.

Me gusta igualmente leer sus deseos, o sea, que se multipliquen en la tierra las ciudadelas de la Inmaculada, los sueños de derramar la sangre como los mártires, de gastarse por la Inmaculada... Todo esto y mucho, mucho más, en una palabra la ilimitación del amor: ésta es nuestra característica.

¡Un amor ilimitado a la Inmaculada! ¿Qué es? La Inmaculada está talmente unida a Dios por el amor que se eleva no sólo por encima de todos los santos, sino también por encima de todos los ángeles, arcángeles, querubines, serafines. Por ende un amor ilimitado a la Inmaculada nos eleva hasta ella y nos une a Ella por el amor, por encima de todos ellos...

¿Qué es el amor ilimitado a la Inmaculada? Ella está muy cerca de Dios, mientras nosotros estamos muy cerca de Ella y, por consiguiente, por medio de Ella, muy cerca de Dios.

Dios nos dio a nosotros una "escala blanca" y quiere que nosotros, subiendo por ella, lleguemos hasta Él o, más bien, que Ella, después de habernos apretado contra su pecho materno, nos lleve hasta Dios.

Con todo, estas cosas no son sino imágenes, semejanzas, analogías. La realidad es sin comparación más hermosa, más sublime, divina...

Ella es Madre nuestra y... de Dios. ¿Dónde está, pues, su lugar? ¿y por ende el nuestro? ¿De nosotros que somos su posesión y propiedad? Efectivamente, Ella penetra nuestra alma y dirige sus facultades con un poder ilimitado. Nosotros le pertenecemos en verdad a Ella. Por eso, estamos siempre y en todas partes con Ella...

Sin embargo, ¿debemos pensar en nosotros? ¡Desaparezcamos en Ella! ¡Que permanezca Ella sola, pero nosotros en Ella, una parte de Ella!

Pero ¿nos está permitido a nosotros, criaturas tan miserables delirar de esta manera? Pese a todo, ésta es la verdad, la realidad.

¿Y cuándo toda alma que existe en el mundo entero hasta el fin de los tiempos, le pertenecerá a Ella de este modo?... ¡Milicia de la Inmaculada!...

Queridísimos hijos en la Inmaculada, les auguro que sean alimentados por Ella misma con la leche de sus gracias, que sean acariciados por Ella y sean educados por Ella como Ella hizo con Jesús, nuestro hermano mayor, para que el divino Esposo de las almas reconozca siempre más en nosotros aquellos mismos rasgos que Él mismo recibió de su Madre, la Inmaculada, los mismos ojitos, el mismo corazón (SK 461).

La Inmaculada y la Orden franciscana

Brillante página de historia mariana

Es notorio que la Orden franciscana fue la abanderada en proclamar y propagar la devoción a la Inmaculada. El Padre Kolbe, como caballero y como franciscano, se siente doblemente obligado a exaltar tan excepcional privilegio.

Como ya vimos, de mil maneras Maximiliano toca el tema de la Inmaculada. Casi no hay página de todo su copioso repertorio, donde no exhorte a conocer, amar, servir, imitar... a la Inmaculada.

En este capítulo veremos algunos aspectos de las relaciones entre la Inmaculada y la Orden franciscana. Lo haremos como un homenaje a tan hermosa epopeya mariana y como una invitación y un desafío para que todos profundicen sus conocimientos y su devoción mariana.

En el siguiente artículo periodístico, Maximiliano nos ofrece una brillante página de historia mariana, iluminada por la persona, la doctrina y los debates del beato Juan Duns Scoto, quien en la Universidad de París propuso y fundamentó la tesis de la Inmaculada. Duns Scoto, con santo Tomás de Aquino y san Buenaventura de Bagnoregio, forma el trío de los grandes teólogos del Medievo.

Luego Maximiliano pondera en breves pinceladas las principales etapas que llevaron a la proclamación del Dogma de la Inma-

culada Concepción. Pero, como se verá, para Maximiliano la proclamación de un dogma no se encierra ni se concluye en sí misma, sino que debe ser un fermento, un llamado para una vivencia más profunda, una evangelización más amplia, un servicio eclesial más pleno.

Estamos en París en el año 1305.

Del convento de los Hermanos Franciscanos sale un joven religioso y con gran recogimiento se dirige hacia la más célebre escuela de aquel tiempo: la Universidad de la Sorbona.

Piensa en la Inmaculada y la invoca con jaculatorias en voz sumisa, para que lo ayude a defender el privilegio, a Ella tan querido, de la Inmaculada Concepción. Justamente en ese día y por orden del Papa y en presencia de sus legados, debe desarrollarse una disputa general entre los defensores de este privilegio y sus adversarios.

Y la disputa había sido provocada justamente por él...

Hacia poco que él se había instalado en la cátedra universitaria, dejada libre por Guillermo Ware, quien se había retirado a causa de la edad avanzada. Por orden del Padre General, abandonó la cátedra universitaria de Oxford, en la que había hablado públicamente y con verdadero entusiasmo de la "Concebida sin pecado". Y los estudiantes habían acudido de todas partes hasta alcanzar el número de 30.000.

Ahora llegó a París. Ni siquiera aquí perdió la ocasión de defender abiertamente la Inmaculada Concepción. Era sólo desde el 18 de noviembre del año 1304 que él se había instalado en París, después de haber dejado Oxford; sin embargo, al Papa Clemente V, en Aviñón, ya le habían llegado quejas en su contra, por el hecho que él sostenía públicamente el privilegio de la Inmaculada Concepción, como si enseñara una doctrina contraria a la fe, por una exagerada devoción hacia la santísima Virgen. Justamente ese día él debía justificarse delante de los profesores y hasta en presencia de los legados del Papa.

Él, franciscano, hijo espiritual del santo Patriarca de Asís, ¿podría obrar de manera diferente?

El Padre san Francisco, al enviar a los primeros hermanos a la conquista de las almas, les enseñaba una oración a la Virgen: "Te saludo, Señora... elegida por el santísimo Padre del cielo, quien te consagró con el santísimo y dilectísimo Hijo y con el Espíritu Santo Paráclito. En ti hubo y hay toda plenitud de gracia y todo bien".